



01_El marco histórico



“En esos contactos y correlación, el arte me regalaba sus secretos. Todo lo aprendí en la visión directa de un hacer a escondidas sin que se le persiguiera. En la ansiedad de crear que hacía penúltimo cualquier hallazgo. El arte, como el amor, se estrena cada día.”

José Luis Fernández del Amo, 1991

Bases para una nueva cronología del Servicio de Arquitectura del INC

Manuel Calzada Pérez, Dpto. de Historia, Teoría y Composición Arquitectónicas. ETSA, Universidad de Sevilla

El Servicio de Arquitectura del Instituto Nacional de Colonización se caracterizó por una indudable continuidad en su estructura y personal. Los arquitectos que se incorporaban al Servicio encontraban un grupo compacto y bien engrasado, una maquinaria de precisión administrativa en la que la eficacia en el cumplimiento de los plazos era fundamental en la organización de todo el proceso. La estructura jerárquica del Instituto tenía una función de control y supervisión de cada proyecto. La aprobación de un simple proyecto de nuevo pueblo exigía el informe determinante del jefe de Servicio –José Tamés en el caso del de Arquitectura–, del jefe de Sección y, en última instancia, del propio Director General. Los arquitectos veteranos y los más jóvenes formaron así un equipo en el que apenas hubo sobresaltos de estructura o jerarquía. La presencia durante casi toda la vida del Servicio de José Tamés en su dirección no hace sino ratificar esta continuidad.

Sin embargo, los más de treinta años de vida del INC parecen aconsejar una división por etapas de su labor urbanística y arquitectónica. Monclús y Oyón (1988: 127, 370-375) o Villanueva y Leal (1991: 22-27) distinguen tres fases diferentes: una de formación del Instituto, hasta 1949, otra de maduración y desarrollo y una tercera de abandono de las políticas de implantación poblacional. Mientras que para los primeros autores la segunda fase se extiende hasta 1965 al menos, para Villanueva la década de los cincuenta sería considerada una auténtica “edad de oro” del INC, concluida con el informe de 1962 del Banco Mundial para la Reconstrucción. Ambas divisiones periódicas, y en particular la segunda, consideran casi exclusivamente la obra de urbanización del Instituto en función de la cantidad de pueblos construidos o proyectados, pero no tienen en cuenta las variaciones de carácter arquitectónico o urbanístico sustanciales que tuvieron lugar a lo largo de los más de treinta años –no así, al menos en el primer caso, las de índole territorial. Pero además, ambas parten de un hecho no del todo cierto: la supuesta influencia del informe del 62, que acabó casi fulminantemente con el modelo de asentamiento y, en general, con la vertiente de repoblación que tenía todo el proceso. La existencia de nuevos proyectos a partir de esa fecha sólo se explicaría, según estos autores, por la propia inercia administrativa y por la organización interna del Instituto, que debía desarrollar a través de los planes coordinados de obras y los proyectos ulteriores aquellos Planes Generales aprobados antes del 62. Las cifras de arquitectos y pueblos proyectados a lo largo de los sesenta exigen una matización que estas consideraciones no abarcan.

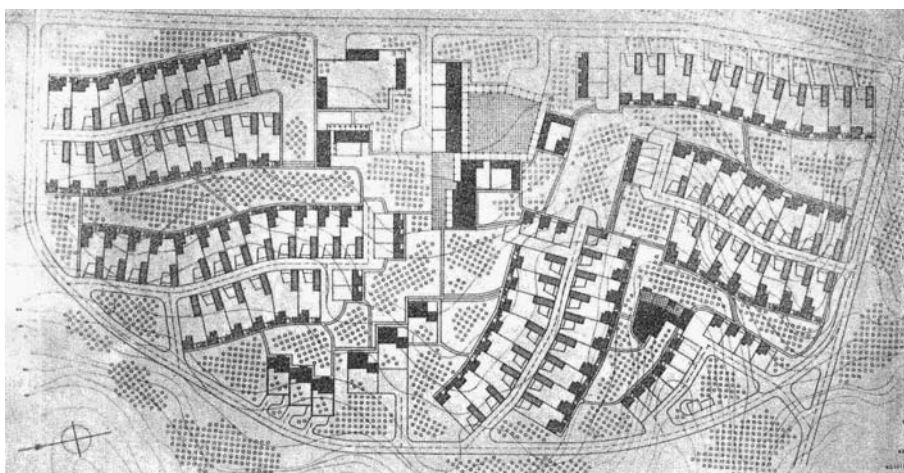
El presente estudio realiza así una división en etapas de la construcción de los pueblos que tiene en cuenta las siguientes cuestiones: los periodos generales del INC, la evolución de la arquitectura española y la del Servicio de Arquitectura. La historia del Instituto se ajusta a las divisiones generales establecidas por Tamames Mangas Navas Gómez Benito. Es una división suficientemente matizada como para poder ajustar a ella las de los periodos del Servicio, en particular porque algunas disposiciones legislativas o cambios ministeriales afectaron tan profundamente a la labor de construcción de pue-

blos que han de imponer sobre ésta su incidencia, aunque en ocasiones con cierto retraso. La clasificación realizada por el propio Instituto en la memoria anual de 1969 (INC, 1969: 72-85) refleja otros matices interpretativos, pero siempre dentro de una línea semejante. Pero el Servicio estaba compuesto por técnicos con nombres propios y su evolución no puede ser olvidada. Así, a determinados decretos o leyes que exigían un mayor impulso de proyectistas de pueblos, se respondía con una convocatoria de concurso oposición. En otros momentos, la necesidad era puntual pero acuciante, con lo que se contrataba a profesionales de fuera de la casa pero que dieron un fuerte impulso a la innovación de trazados o arquitectónica. Tanto los funcionarios como en particular los de libre ejercicio, además, no eran ajenos a los cambios de la arquitectura española a lo largo de los 30 años de historia del INC. Cada uno de los periodos se podrá caracterizar, por tanto, por un enfoque propio en el seno de una evolución continua de trazados, lenguajes y técnicas constructivas.

Pleitos de familia: 1941-1943. Los orígenes del Servicio de Arquitectura y el fracaso de la arquitectura falangista en el proyecto de los pueblos

El INC había sido creado inicialmente como institución impulsora de la iniciativa privada, pero no como organismo ejecutor de la transformación agraria. Tras una primera fase de organización, el director por entonces del INC, Ángel Zorrilla Dorronsoro, alertado ante la pasividad de los terratenientes, que no mostraban interés por impulsar la reforma técnica que auspiciaba el Instituto, convirtió en 1941 al INC en agente directo con un fin exclusivamente ejemplarizante para que, ante los resultados satisfactorios, la iniciativa privada siguiera este camino abierto. Esto abría la puerta a la construcción por parte del Instituto de obra pública, entre ella los pueblos de colonización.

En junio de 1941 fue creado el Servicio de Arquitectura del INC. Su primer jefe fue Germán Valentín Gamazo, que ingresó como arquitecto en el INC en febrero de 1940 tras su paso por Regiones Devastadas y se encargó de organizar el Servicio hasta enero de 1943. A partir de ese momento entró en la jefatura José Tamés Alarcón, que permaneció al frente del mismo hasta 1975, sobreviviendo en su puesto incluso al INC. Los primeros pueblos habían sido proyectados por ingenieros agrónomos –en realidad no los pueblos del INC, sino acaso el recuerdo de los proyectados por Leopoldo Ridruejo



1. Cañada del Agra, 1962. Autor: J.L. Fernández del Amo. Fuente: Archivo Histórico del INC. Secretaría General Técnica. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino

para OPER-, pero el deficiente resultado estético conseguido llevó al Director del Instituto, Ángel Zorrilla, a crear un cuerpo de arquitectos dedicado específicamente a este fin. El control integral del proceso de colonización por parte del Estado exigía la formación de un cuerpo de arquitectos encargado de las edificaciones necesarias y de manera muy particular del diseño de lo que se denominó inicialmente “poblados” y, poco después, “pueblos nuevos”.

La primera fase del Servicio de Arquitectura sirvió así para poner en marcha las directrices principales de organización administrativa y técnica en una época de gran carestía. Aproximadamente un tercio de todas las circulares dictadas para uso interno se firmaron en este período sobre los temas más diversos: normalización planimétrica, contenido de los planes y proyectos de colonización, ahorro de papel, instrucciones a las brigadas, conservación de viviendas, organización del archivo técnico o del Servicio de Publicaciones, etc. A través de ellas, pese al escaso volumen de trabajo, se sentaron las bases de una organización que poco después iba a exigir y a cumplir una rigurosa metodología de tipificación y de control. La puesta en marcha de los Decretos de 1942 y 44 sobre adquisición de fincas puso en marcha lentamente el mecanismo de creación de núcleos colonizadores que sirvan de ejemplo (INC, 1969: 72), pero durante este período son contados los casos de proyectos y de las zonas regables –no de las fincas aisladas–; sólo en 1944 se aprobó el proyecto general de colonización de la margen del río Genil. Entre los pocos pueblos cuyo proyecto fue aprobado estaban, en Andalucía, La Barca de la Florida [301, 1943] y El Torno [302, 1943], ambos en Cádiz. Sin embargo, en estos pocos años tuvo lugar una serie de debates cruciales para el posterior desarrollo del Instituto.

A pesar de este reducido número de encargos, en el Servicio de Arquitectura se vivió un debate entre técnicos decisivo para su posterior orientación: el papel de los arquitectos en la ordenación del medio rural. Hasta este momento, la Arquitectura había jugado un papel muy marginal dentro de la ordenación de base agronómica del campo. A excepción del Concurso de poblados para el Guadalquivir y Guadalmellato, en ninguna otra ocasión se había dado desde el poder público participación a la disciplina en las directrices básicas de la colonización, e incluso en ese caso excepcional la invitación había quedado circunscrita a los términos estrictamente relativos a la escala del pueblo o de la vivienda, sin capacidad de opinar sobre el esquema territorial, el programa o la ubicación de los emplazamientos, ya fijados de antemano por los agrónomos. Pero las nuevas ideas asociadas al *Regional Planning* exigían una posición no sólo más activa, sino directora de la ordenación del territorio.

Dentro del Servicio de Arquitectura Víctor D´Ors, camisa vieja y animado por el ímpetu inicial de la victoria, iba a dar la batalla ante los agrónomos en un tema crucial: el modelo de asentamiento. D´Ors (1949: 154-58) proponía zanjar el eterno debate de vivienda aislada o concentrada a través de las unidades colonísticas, formas de agrupación óptimas de un grupo humano definidas en función del tamaño de parcela de labranza. Pero lo esencial no era el argumento esgrimido, sino la voluntad de liderar un debate de agrónomos: D´Ors actuaba como si de él dependiera implantar su propuesta de estructura territorial. En el proyecto de La Barca de la Florida llegaba a afirmar que (301, 1943: sin paginar, memoria del ayuntamiento) “se piensa en las fincas del Guadalete agrupar unidades colonísticas de alrededor de mil habitantes en unidades político administrativas de ‘aldeas’, con su correspondiente alcaldía”. Es decir, planteaba para este asentamiento una de sus unidades colonísticas sin tener en cuenta que los cálculos del Instituto en ningún caso llegaron a cifrar en 1.000 los vecinos, las familias, de un pueblo y que, además, en modo alguno se tenía en cuenta el módulo carro, verdadera medida de toda la experiencia colonizadora. Pero los agrónomos defendieron bien sus competencias y sus paradigmas. La teoría de las unidades colonísticas no fue tenida en cuenta en el desarrollo de las zonas regables. La participación de los arquitectos, que inicialmente debían redactar los capítulos del proyecto de colonización relativos a habitabilidad y asentamientos, fue posteriormente limitada –tras la Ley del 49– al ámbito estrictamente de producción formal: pueblos, vivienda, diseño

urbano. Puede que este predominio de los agrónomos fuera interpretado por D'Ors como un desprecio a un técnico –o a una orientación– que sin duda el arquitecto consideraba necesaria y superior, pero sin duda lo que influyó decisivamente en su retirada del INC fue el nombramiento en enero de 1943 de José Tamés como jefe del Servicio de Arquitectura, cargo que sin duda D'Ors creía merecer. En marzo de 1944 se dio de baja del Servicio.

Un segundo debate sin duda tuvo lugar entre los arquitectos del Servicio a propósito de la estética del pueblo. D'Ors (1949: 154) hizo referencia a él años más tarde en la III Reunión de técnicos urbanistas, dirigiéndose concretamente a Tamés, al que, afirmaba, no quería disgustar trayendo al “encuentro viejos ‘pleitos de familia’, pero es el caso que no hay más remedio”. Una revancha largamente aplazada parecía llegar por fin. En el momento inicial de la Autarquía y con la difusa ambición de una arquitectura falangista, D'Ors había sin duda propuesto unas pautas que no estaban tan lejos de Tamés, pero con el que tenía importantes diferencias, en particular a propósito del mecanismo de repetición (D'ORS, 1949: 158-159):

“En primer lugar, hay una norma con valor general para la estética que nos dice que las cosas deben ser congruentes con sus necesidades y su fin.

Por tanto, si una casa ha de destinarse a una familia que esté perfectamente resuelta con una planta, una orientación, etc., es muy difícil que esté igualmente bien resuelta con otra solución para otra familia con idénticas necesidades. Si esta casa, por otra parte, está metida en una calle sin posibilidades de desarrollo y con una parcelación estrecha [...]”, las buenas soluciones se inclinan entonces a conseguir un predominio de la silueta de la manzana (quedaría atomizada ésta valorando la casa) y a buscar una plástica general (quedaría desvalorizada ésta si la cambiáramos cada pocos metros) y a jugar –si acaso– con algún elemento de diferenciación y con el color. O sea, en principio, cuanto menos importantes y más apretadas sean las casas, menos diferenciación. Hay que tratar de estudiar estéticamente la manzana, y aún la calle entera, como un conjunto.

Esto era aparentemente lo que venía haciendo el Servicio de Arquitectura –del que D'Ors ya no formaba parte hacía muchos años–. El diseño de la manzana como pieza arquitectónica completa, el estudio de los alzados de toda la calle para controlar su ritmo y estética, la necesidad de un lenguaje –popular, simplificado– común no sólo a una calle, sino a todo el pueblo y a todos los pueblos de una misma comarca, habían sido y seguirían siendo durante años pautas de la composición dictadas por el propio Tamés. Por tanto, D'Ors (1949: 159-160) se veía en la obligación de puntualizar su crítica:

“Cuando se fabrica un pueblo nuevo entero es difícil que quede bien. Sin embargo, conviene ordenar todo sin capricho (tengo a gala no haber mencionado una sola vez la palabra ‘tipismo’) y no hacer nunca lo que se hace hoy a veces en nuestra patria. Y figurarse que el ideal son los pueblos que conocemos, en su mayor parte, y aún los graciosos como un chiste llenos de fetos ‘estéticos’, que sólo el tiempo, la luz de la cal o la nobleza de las piedras y los líquenes llegan a hacernos olvidar. Hay que hacer todo lo contrario de esas frivolidades escenográficas de poner una fachada de frente y otra igual de costado, una con dos balcones y otra con dos ventanas en los extremos, porche y reja y dos aleritos curvos, etc. El hacer esto no es solamente frívolo; es inmoral.

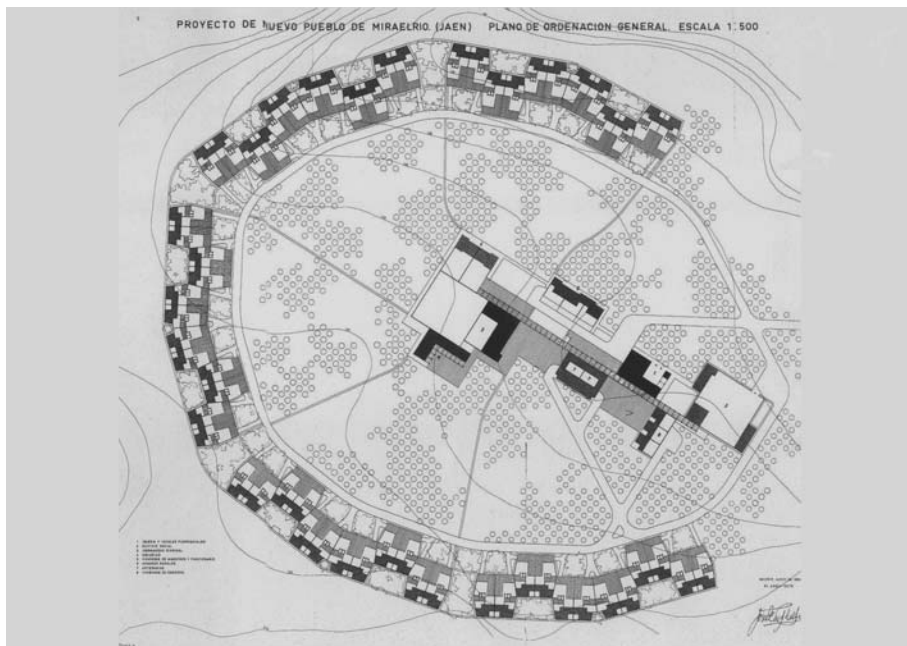
En cuanto a la estética, pensad nada más que en un desfile militar. Bien el destacado capitán y los tenientes individualizados ante sus unidades, bien los flanqueantes sargentos y cabos. Pero los soldados: imaginaros lo que sería unos bajos y otros altos, unos con fusil a la izquierda y gorra azul, otros con roja y el fusil a la derecha o a la funerala. No, cuando las cosas apretadas, sin espacio vital, tienen una igualdad de condiciones deben uniformarse totalmente. La variedad reglamentada y arbitraria, que no nace de la auténtica necesidad, es un monstruo conceptual.

Muchas cosas habría que decir de las calles de carros y de las de peatones –que mejor fueran sendas o paseos o *squares*, etc–, de la silueta de los pueblos y de sus alrededores, de las tiendas –sometidas al castigo frecuente de ser obligadas a estar a oscuras o gastar mucho en luz, a causa de los soportales–, del arbolado de las calles de los pueblos, tratado igual que el de las poblaciones, etc., de tanto y tanto monstruo conceptual como se admite.”

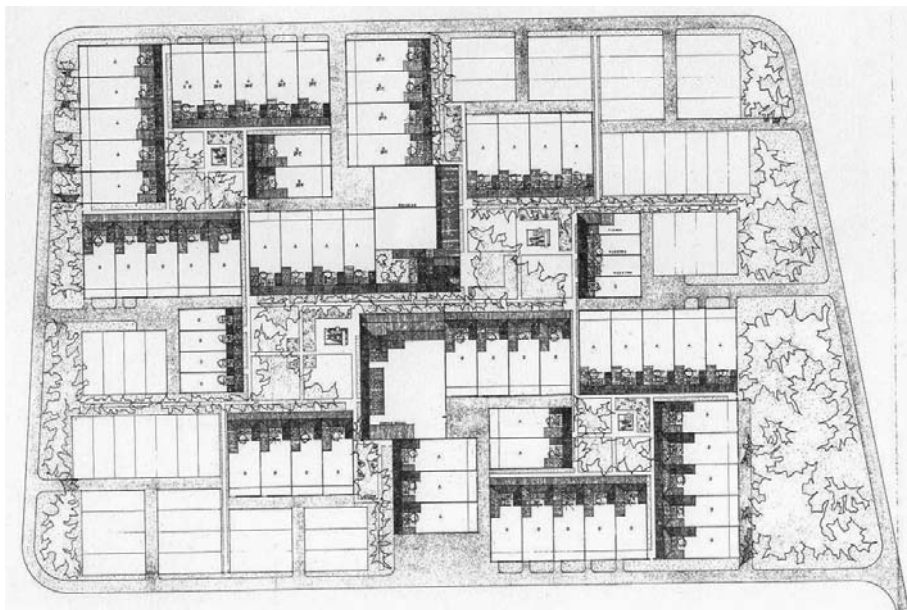
Pero fuera de la forma de la arquitectura, apenas nada decía, sin embargo, de los temas de trazado. Las contadas referencias al modelo inglés de vía o plaza –las sendas o *squares*– parecían indicar una cierta preferencia por lo anglosajón que puede corroborarse en uno de sus proyectos como el del trazado de El Torno [302, 1943] pero queda contradicho en La Barca de la Florida [301, 1943].

La separación de D´Ors de la jefatura del Servicio de Arquitectura y su posterior baja voluntaria reflejan la mediana ambición del Instituto. Ni siquiera en ese tiempo de encendidas soflamas se esperaba de la disciplina otra cosa que una digna y humilde compostura. Fue este imperativo el que permitió a los técnicos concentrarse en los problemas del oficio y no en las retóricas imperiales o falangistas.

Este periodo también fue objeto de un balbuceo inicial a propósito de los trazados en el cual la influencia de Regiones Devastadas y de las ciudades italianas se hizo presente en proyectos como el de Jiménez Varea para Sotogordo [159, 1942]. Durante estos años aún podía confiarse en la victoria del Eje. La exposición de la Nueva Arquitectura Alemana en Madrid de 1942 mostró en El Retiro las principales obras del régimen nazi: la Cancillería, las construcciones de Munich y Nuremberg, el plano de Berlín (LINDSCHEIDT, 1942: 338). Sin duda los ejemplos sirvieron de referencia a los arquitectos que, como D´Ors, aspiraban a una arquitectura nacional católica. Sin embargo, el prestigio de las ciudades del Agro Pontino permitía contar con un ejemplo cercano –tanto ideológica como cultural e incluso cli-



2. Miraelrio, 1967 Autor: J.L. Fernández del Amo. Fuente: Archivo Histórico del INC. Secretaría General Técnica. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino



3. Sacramento, 1965. Autor: Fernando de Terán. Fuente: Archivo Histórico del INC. Secretaría General Técnica. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino

máticamente- de trazado de nueva planta. Aunque su influencia fue a la larga muy escasa en los trazados del INC –que asumió la crítica que los ingenieros italianos de posguerra hicieron a ese modelo de implantación territorial- durante los primeros años de posguerra sin duda inspiró algunas de las realizaciones de RRDD y también del INC. El proyecto de Sotogordo –no ejecutado- para la zona regable del margen izquierdo del río Genil presenta una planta próxima a algunas poblaciones adoptadas por el Caudillo cuya referencia última es acaso Sabaudia, aunque quizás estas relaciones siempre conduzcan a otras nuevas y de Sabaudia haya que ir a Frankfurt y a Inglaterra. Las similitudes con Italia y con RRDD son numerosas: el eje principal, continuación de uno de los caminos que llega al pueblo, porticado a su paso por el centro cívico y con un cambio de dirección en su recorte final; el propio centro cívico, tangencial al mismo eje y que seguía la tan repetida plaza mayor de Regiones, iglesia en el eje mayor, pórtico perimetral, ayuntamiento y casa de Falange en los otros laterales, si bien en este caso el consistorio se encontraba cruzando la calle; el eje perpendicular de acceso, en Sotogordo acortado y que no se prolonga en el territorio pero que servía para cualificar el lateral de la iglesia; el trazado curvo de remate de las esquinas del pueblo; el alzado principal, en gradación de importancia desde los extremos de corrales, pasando por las fachadas de viviendas que encuadraban la iglesia y su torre campanario en un conjunto volumétrico ascendente apreciable también desde el territorio (BLANCO, 1987: 21-29). La propia arquitectura recordaba en ocasiones los modelos en ese momento utilizados por RRDD, como la composición del ayuntamiento, integrado en los soportales de la plaza, con su balcón corrido y siete vanos, el central de los cuales rematado por el reloj. Pero también se apreciaban algunas diferencias de importante matiz que luego fueron una constante del Instituto. La circulación separada de bestias y personas exigía tanto una entrada doble en las viviendas como una duplicidad de viario que rompía la compacidad de la manzana. La propia vivienda se situaba puntualmente en ligero retranqueo respecto a la alineación principal, de un eje peatonal o de circulación mixta pero de especial importancia, para formar espacios públicos secundarios e interiores.

El desarrollo posterior del INC pronto abandonaría esta influencia de Sabaudia y parcialmente de los trazados de RRDD –de los trazados de geometría más definida– para establecer su propio paradigma, que no sería otro sino el modelo sitteano de composición.

Los decretos de adquisición de tierras, el núcleo duro del Servicio de Arquitectura y la formación de la ortodoxia: 1944-1949

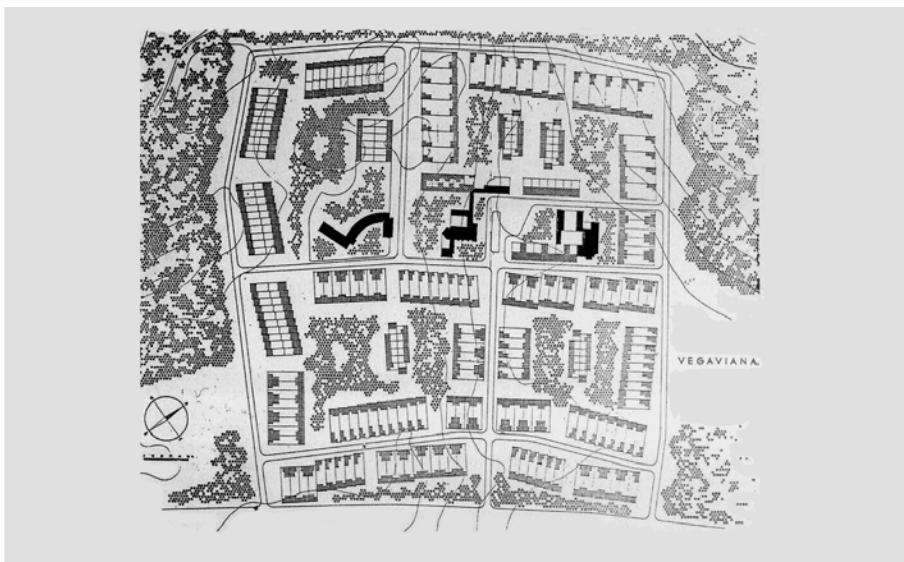
Cinco años más tarde de la reforma que convertía al INC en agente colonizador, los proyectos no conseguían avanzar (GÓMEZ BENITO, 1995: 51). La situación del Régimen al finalizar la II Guerra Mundial era más que delicada y la posibilidad de una revuelta interior –que anteriormente había tenido en el campo uno de sus puntos más conflictivos– complicaría mucho las cosas a la todavía joven dictadura. El propio Franco intervino.

El final de la II Guerra Mundial impuso una severa autarquía que coincidió con una sequía en 1945 que llevó la producción agrícola a mínimos históricos. El periodo se caracterizó en el Servicio de Arquitectura por las posibilidades que abrían los decretos de adquisición de fincas, gracias a los cuales se aprobaron algunos proyectos de colonización de cierta importancia que incluían el trazado de nuevos pueblos en fincas aisladas. En Andalucía, por ejemplo, se proyectaron los núcleos de La Verduga [669, 1945], El Cuervo [799, 1946], Tahivilla [1025, 1946], Malcocinado [1973, 1948], Encinarejo de los Frailes [1974, 1948], la ampliación de Láchar y sus edificios dotacionales [359, 1944 / 2000, 1949 / 2314, 1949], Arroyo Salado [2067, 1948] y Turullote [2284, 1949], aunque no todos llegaron a ser construidos según estos proyectos iniciales.

Los decretos de adquisición de fincas hacían necesario reforzar el Servicio. Con este fin se convocaron dos oposiciones a finales de 1943 que dieron acceso a un grupo de arquitectos que constituirían, junto con Castañeda Cagigas y José Tamés, el núcleo duro del cuerpo: Manuel Jiménez Varea, Jesús Ayuso, José Borobio, José García Nieto y Manuel Rosado. En 1945 se unió a ellos Francisco Jiménez de la Cruz y en 1947 Aníbal González Gómez y José Luis Fernández del Amo. Este fue, pues, el periodo en el que se empezó a forjar la ortodoxia del Instituto en materia de trazados y estética de los pueblos –que sería plenamente operativo en los cincuenta– y, sobre todo, el equipo de técnicos.

El periodo supuso un avance progresivo en el ensayo de los trazados y de su disposición arquitectónica. Al depender cada proyecto de la finca adquirida o expropiada con el fin de crear un núcleo modelo, no había un criterio común, sino un ajuste a las condiciones particulares de cada caso. Así, en Láchar se amplió primero una calle y luego todo un fragmento del pueblo, incluso reaprovechando viviendas en buen uso que se pasaban por un proceso de racionalización agraria. En otros casos, como en El Cuervo o Malcocinado, se aprovechó algún asentamiento ya existente que, sin embargo, había que adaptar en profundidad, pues apenas tenían una estructura urbanística mínima. Por último, otros pueblos como Tahivilla o Encinarejo sí permitieron una reflexión completa sobre la nueva planta. En el primero de los dos, de hecho, se produjo la traducción del concurso de OPER para el Guadalquivir –que había ganado Fernando de la Cuadra, autor de Tahivilla– a las nuevas condiciones del Instituto.

El debate sobre vivienda dispersa o concentrada sin duda estuvo aún abierto en el INC durante este periodo. Cuando en 1948 el ingeniero Ángel Arrúe y José Tamés coincidieron en la III reunión de técnicos urbanistas, buena parte de sus ponencias se dedicaron a defender sus diferentes puntos de vista sobre este particular, Tamés (1949: 17-30) absolutamente a favor de los pueblos y Arrúe (1949: 66-70) más reticente pues pensaba que los pueblos reducían la capacidad de producción. En todo caso y como se verá en el capítulo siguiente, el triunfo del modelo concentrado fue mucho menos evidente



4. Vegaviana, 1954. Autor: J.L. Fernández del Amo. Fuente: Archivo Histórico del INC. Secretaría General Técnica. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino

de lo que algunos autores luego han afirmado, y el pueblo triunfó parcialmente por criterios políticos y de control sociológico que poco tenían que ver con los argumentos que los arquitectos defendían.

En todo caso, durante estos años se forjó un tipo de poblado basado en la doble lógica agronómica y las indicaciones de Sitte y Unwin. La lógica agronómica quedaba definida por los ingenieros; el principal responsable de la orientación sitteana era José Tamés, jefe del Servicio de Arquitectura y que a través de sus correcciones marcaba los cambios oportunos en aspectos tan dispares como el trazado general de un asentamiento, la distribución general de la vivienda o el remate de coronación de un ayuntamiento. Estas indicaciones eran preceptivas y, aunque abierto a otros criterios y lenguajes, su figura estuvo presente a lo largo de toda la historia arquitectónica del INC. Tamés había sido nombrado jefe del Servicio en enero de 1943, cargo que ostentaría con carácter casi vitalicio y cuya capacidad normativa y fiscalizadora iba a empezar a desplegar con el lápiz rojo de correcciones y los informes preceptivos. Su labor supervisora fue fundamental a partir del final de este periodo, momento en el que cualquier proyecto requeriría de su visto bueno para ser aprobado.

Resulta significativo comparar el poblado tipo definido por el agrónomo Mariano Domínguez García y el arquitecto Manuel Rosado para la zona de Montijo con los trazados posteriormente elaborados. Domingo realizaba de manera esquemática una distribución de los elementos del pueblo: ajustándose a una estricta ortogonalidad, una banda central, que cogía todo el ancho del pueblo, se utilizaba para las dotaciones: iglesia, ayuntamiento, plaza, mercado, parque delantero, escuelas, etc. A ambos lados, las manzanas residenciales, significativamente sin separación de tráfico y con dos tipos distintos de vivienda –tal vez una para jornalero y otra para colono– y que tenían una orientación NOO-SEE. En conjunto, pese a tener una voluntad programática, el plano de Domingo presentaba definidas intenciones arquitectónicas: construcción de los ejes mediante fachadas y espacios ajardinados; definición tipológica de iglesia –con claustro en un costado al que iba adosada la casa rectoral– o ayuntamiento; extensión y ritmo de los soportales; cierta diferenciación funcional por franjas del pueblo (VILLANUEVA Y LEAL, 1990: 144). En comparación con este modelo, los trazados de los arquitectos

variaban sustancialmente no en los elementos básicos sino en su disposición. El caso de Valdelacalzada, proyecto de Manuel Rosado de 1947, representa un buen prototipo de este periodo y zona (VILLANUEVA Y LEAL, 1990: 204); un pueblo con separación de tráfico gobernado por tres o cuatro ejes principales que confluyen en una plaza casi en turbina, alguno de los cuales presenta una ligera variación respecto al ángulo recto, distorsión que da pie a ajustes geométricos resueltos tanto en la manzana residencial como en espacios secundarios de disfrute más doméstico.

Dos ejemplos sirven para ilustrar esta reorientación de los trazados: el proyecto de Sotogordo y el pueblo de Giménells. En el primer caso, el proyecto de Jiménez Varea, de claras reminiscencias italianas, fue sustituido por un más modesto plano de García Nieto [541, 1945] que, siguiendo vagamente el proyecto primero, realizaba una adaptación parcial del mismo donde se suavizaban los aspectos acaso más llamativos del mismo. La geometría “artificiosa” de las esquinas curvadas era sustituida por una más “orgánica” y “tradicional” disposición de quiebros rectos. Las fachadas laterales del pueblo se construían totalmente, sin dar al perímetro ninguna cerca de corral, sino los bloques de viviendas.

Más aclaratoria es la transformación de Giménells de su proyecto original al finalmente ejecutado. El primero, aparecido en el número 1 de la revista *Colonización*, consistía en una sencilla agrupación de manzanas con un máximo de seis viviendas cada una, circulaciones separadas y una plaza mayor en la zona central de la cual salían los ejes principales de ordenación, cuya perspectiva se cerraba en la torre de la iglesia o el eje del ayuntamiento. El pueblo se situaba en un asentamiento sensiblemente llano sin accidentes topográficos a los que dar respuesta y por ellos desplegaba una sencilla ortogonalidad que, sin duda, chirrió a los ojos de Tamés. Y no porque hubiera un despliegue abusivo de las grandes líneas rectas, pues a poco que una calle avanzaba una pequeña plazuela o una manzana algo mayor recortaba la perspectiva y desplazaba el eje algún metro más allá. Pero cuando cuatro años más tarde la *Revista Nacional de Arquitectura* presentó el pueblo ya construido, se podía apreciar en él una significativa modificación (RNA, 1948). La ortogonalidad, el ángulo recto, habían sido sustituidos por una *variedad de planta que, sin ser extremadamente irregular, sí es suficiente para que pierda el aspecto de pueblo de trazado rígido y de cuadrícula que en otro caso tendría*, con lo que se alcanzaba, incluso en la misma plaza mayor, ligeramente trapezoidal, “una graciosa irregularidad”. Sota, ya fuera del INC y con mano sin duda en la publicación, incluyó en el artículo la perspectiva del proyecto original. Y no sería ésta su única respuesta ante la ya establecida ortodoxia de Tamés.

La Ley de 1949, los técnicos de fuera de la casa y la nueva mirada a la tradición: 1950-1956

La Ley de 1949 sobre Colonización y Distribución de Propiedad de Zonas Regables dio un impulso a la construcción de nuevos pueblos hasta entonces desconocido. La declaración de una zona regable y su posterior plan de colonización se decantó por un modelo de asentamiento que, si bien no llegaba a responder a los pueblos de OPER, sí generaba una red de núcleos sobre el territorio de una entidad considerable.

El Servicio de Arquitectura, que durante los años anteriores se había formado como cuerpo, con una sede central en Madrid y las correspondientes delegaciones regionales, siempre bajo las órdenes de Tamés, desarrolló la ortodoxia reglamentaria. En todo caso, el tipo quedó definitivamente fijado en el proyecto de Torre de la Reina [3756, 1952]. En el mismo y de manera muy didáctica José Tamés daba ejemplo de la graciosa irregularidad combinada con algunos elementos, tanto espaciales como de ornato, extraídos de la zona próxima. En realidad algo de trampa había en esta impostura: el estudio previo de la ciudad de Écija, ejemplo comarcal del que se esperaban extraer los modelos imita-

bles, extrañaba por la relativa distancia a la zona regable del Viar, lugar en el que se encontraba el pueblo y cuya población más señalada desde el punto de vista arquitectónico era Alcalá del Río o, en última instancia, Sevilla. En todo caso Écija, a casi 100 km de distancia, podía pasar por prototipo de pueblo sevillano o incluso andaluz. En realidad Tamés había reutilizado su memoria para el pueblo no construido de Turullote [2284: 1949]. Esta falta de rigor en el análisis comarcal dejaba en evidencia la verdadera intención de la impostura de Tamés: un revestimiento, cualquiera –o una leve distorsión en planta– que disfraczara la verdadera orientación productiva de los pueblos.

Sin embargo, entró en juego otro factor determinante en la evolución del INC: la exigencia de variedad. Los nuevos pueblos, con su tipificación de vivienda y servicios dotacionales, eran tachados de “ser todos iguales”. La regla inicial, uno de cuyos fines era precisamente ese, dar la impresión de espontaneidad y no de repetición racionalizada, tuvo así que ser relajada para buscar un carácter que pasaba por la adopción de modelos de trazado alternativos, en muchas ocasiones vinculados a una aproximación geométrica más regular si bien no necesariamente cuadriculada.

Esta necesidad coincidió con otro hecho operativo: el Servicio de Arquitectura se vio desbordado de encargos y tuvo que recurrir a técnicos de fuera de la casa para cumplir con los plazos impuestos en los planes. La Ley del 49, así como los planes Badajoz y Jaén, habían previsto un número de asentamientos que ni la delegación regional ni la central podían completar satisfactoriamente. Por ello, y mientras se esperaba a ver si la situación era coyuntural o si hacía falta un refuerzo del Servicio, un importante número de arquitectos fue contratado entre 1952 y 56 para cubrir esas carencias.

Esta circunstancia coincidía con un momento de particular efervescencia en la arquitectura española. Tras la década de los cuarenta de enormes privaciones tanto económicas como culturales –y con el telón de fondo de la autarquía ideológica y su retórica de la reserva de espiritualidad– los cincuenta se iniciaron con una apertura al exterior. El ingreso en la Unesco en 1952, las nuevas promociones de arquitectos, su salida al extranjero, permitió entablar un debate sobre las nuevas corrientes en la Arquitectura. Abierta la caja de Pandora se discutió no sobre la oportunidad de lo moderno, sino sobre su orientación: Le Corbusier frente a Aalto o Wright. Pero también, y como una veta fundamental de este debate, sobre tradición y modernidad, ambas unidas y no necesariamente enfrentadas en una búsqueda casi religiosa de la verdad. La búsqueda de Chueca (1952: 10) para desde una perspectiva moderna establecer las bases espirituales de una nueva arquitectura auténticamente española pasaban por una nueva mirada a la tradición despojada del estilo y cuyo fin era localizar los atributos esenciales, los invariantes que definieran lo nacional.

Esta atención nueva a lo tradicional, esta voluntad de fundir la tradición en una búsqueda de elementos de modernidad, escribió en el INC un capítulo de singular importancia gracias en buena medida a la aportación de los técnicos de fuera de la casa. Autores como Carlos Arniches, José Antonio Corrales, Fernando Cavestany, Carlos Sobrini o el mismo Alejandro de la Sota, ya fuera del Servicio, introdujeron temas nuevos, trazados singulares, geometrías que nada tenían que ver con los modelos de Sitte o que los reinterpretaban profundamente, elementos formales inusuales, plazas redondas, tipos de vivienda desconocidos hasta entonces en el Instituto. Ejemplos hay en abundancia: Esquivel [3830, 1952] de Sota; Llanos del Sotillo [6899, 1956] de Corrales; Sancho Abarca -1954- de Sobrini; Gévora del Caudillo -1954- o Algallarín [4255, 1953] de Carlos Arniches o Coto de Bornos [3680, 1952] y Estella del Marqués [4468, 1953] de Cavestany. A través de estos y otros pueblos, sus autores introdujeron una perspectiva en ocasiones incluso humorística –pero nunca cínica o fingida– en el diseño de pueblos, y con ella nuevos elementos en el trazado de poblaciones. La exigencia de variedad, la premura de los encargos, el prestigio de algunos de estos técnicos y sin duda el reconocimiento de su valía sin duda facilitó la aprobación de Tamés, que no obstante introdujo en cada caso algu-

na corrección personal. La persuasión de algunos técnicos llegó incluso a vencer su clara oposición, como ocurrió con Alejandro de la Sota y la insólita plaza de Esquivel.

No sólo los arquitectos de fuera del Servicio impulsaron esta modernización: Fernández del Amo, desde dentro del mismo, se convirtió en su más firme y coherente propagador. Tras su paso por Regiones Devastadas y una fase inicial en el Instituto de cierto titubeo, este arquitecto se embarcó en una búsqueda personal de reinterpretación de lo popular. Su objetivo, ni más ni menos, aprender de los pueblos tradicionales para poder crear un sincero y auténtico entorno para el campesino, para el hombre (FERNÁNDEZ DEL AMO, 1974). Hombre de profunda religiosidad, entendía esta labor no desde el tipismo, sino desde la obligación ética: No bastaba darles cobijo, formaban sociedad y era la ocasión de que, en la convivencia, descubrieran su espíritu (FERNÁNDEZ DEL AMO, 1991: 12). A partir de aquí y gracias a un sensible espíritu y a un especial conocimiento de las artes y los artistas (FERNÁNDEZ DEL AMO, 1991: 13):

“En esos contactos y correlación, el arte me regalaba sus secretos. Todo lo aprendí en la visión directa de un hacer a escondidas sin que se le persiguiera. En la ansiedad de crear que hacía penúltimo cualquier hallazgo. El arte, como el amor, se estrena cada día.”

Fernández del amo inició así una búsqueda personal que se convertiría en lo más sobresaliente del INC. Inicialmente vetado por Tamés –su proyecto de San Isidro de Albatera, uno de sus primeros intentos de sustituir la estructura tradicional de la manzana por un más flexible modelo de organización, no pasó la criba del jefe de servicio– al final consiguió un reconocido prestigio dentro y fuera del Instituto que le hicieron merecedor de sendos premios en la Bienal de Sao Paulo de 1961 y en la reunión de la UIA en Moscú. Vegaviana, de 1954, es una temprana muestra de su apertura a las corrientes internacionales, en particular al urbanismo anglosajón, de su exquisita abstracción enraizada en lo popular y que en nada temía a la repetición, de su atenta búsqueda de nuevas soluciones residenciales, de estrenar el oficio cada día. La imagen de la campesina al borde del pequeño lago que reflejaba las manzanas en su orilla se convirtió en un icono de toda la labor del Instituto.

La consolidación de los nuevos trazados y la madurez del Instituto: 1956-1965

En 1956 el Servicio de Arquitectura volvió a ser reforzado con una nueva oposición que le dotó de un número total de 17 arquitectos, cifra que sólo en 1965 volvería a ser superada. Esto puso fin –al menos momentáneamente– a buena parte de la participación de técnicos ajenos al organismo y recondujo su actividad por la más controlada senda de la administración interna. Sin embargo, los ejemplos de aquellos primeros años de los 50 habían dejado una semilla que pronto vería sus frutos.

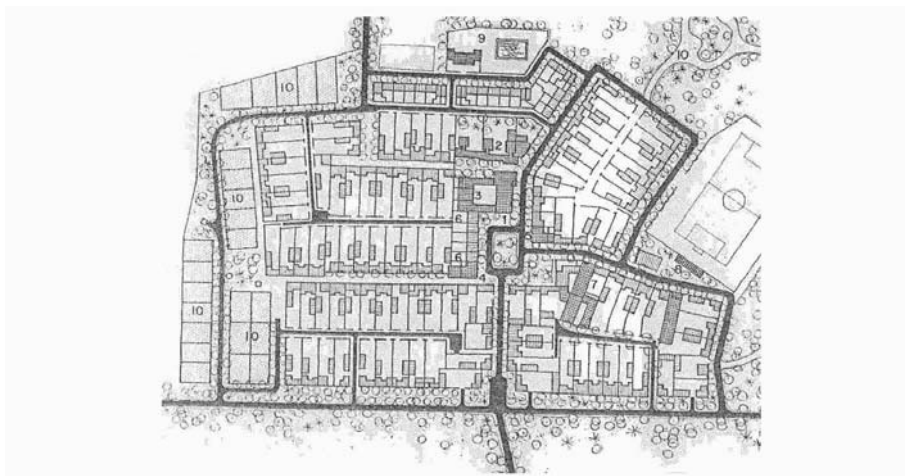
Durante este periodo coexistieron tanto la primitiva ortodoxa sitteana como los nuevos trazados, que se influyen mutuamente. Técnicos como Giménez de la Cruz o García Nieto continuaron con la falsilla de ejes entrecruzados no ortogonales, si bien incorporando en muchos casos elementos ajenos a este modo de proceder como la desvinculación de la plaza del trazado general, que podía llegar a situarse en la periferia como en El Chaparral [7922, 1957], abandonando así su misión generadora de trama. Por lo general, sin embargo –y según avance la década esta tendencia irá en aumento–, la “graciosa” geometría irregular fue sustituida bien por la antes temida ortogonalidad, bien por trazados más elásticos donde la curva impone un orden que nada tiene de espontáneo, como puede verse en los trazados de El Trobal [11715, 1962] de Aníbal González Gómez o Alera (VILLANUEVA Y LEAL, 1990: 250-523) de José Borobio.

Por lo general se aprecia un cambio en los mecanismos de composición urbana. Si anteriormente la forma, entendida desde la perspectiva y desde la composición volumétrica de la manzana o de las

fachadas de las calles, había ocupado el núcleo central de la labor de los arquitectos, ésta sería ahora desplazada por una doble estrategia: por una parte, una búsqueda de la abstracción en el lenguaje, asumida ya la repetición del módulo de vivienda. Por otra, una investigación que iba prolongar la de los primeros años 50 a través de la reformulación de la manzana y del centro cívico.

La abstracción fue un lenguaje no sólo empleado por los artistas, sino también investigado por algunos de los arquitectos del Instituto. Por razones de restricción presupuestaria, el inicial intento de imitación regional tuvo que ser reducido a una modesta estilización de formas y ornamentos. Esto dio pie a que la inventiva del arquitecto se concentrara en buscar dentro de estos mínimos recursos, o directamente renunciando a ellos, soluciones novedosas en las que el grado de abstracción fue en aumento, como puede verse en uno de los elementos clave del lenguaje arquitectónico de estos pueblos: la torre de la iglesia. La propia vivienda siguió un proceso parecido, que pasó de la simplificación del lenguaje popular pero dentro de una buscada variedad de soluciones, a un uso desprejuiciado de la repetición, que entendía la casa como célula volumétrica de composición. En la depuración de los elementos formales de la casa se observa un grado más de este camino abstracto que, sin renunciar a una estricta funcionalidad económica en planta, conseguía plantear la vivienda desde unos elementos visuales mínimos, como el violento contraste entre sombras y luz de una fachada enjalbegada.

La separación de tráfico había introducido desde el primer momento en los trazados del INC un mecanismo cercano a la manzana *Radburn* que pueblos como Esquivel habían reinterpretado de manera singular. Durante este periodo, se siguió profundizando la libertad compositiva que implicaba separar el espacio peatonal, mucho más flexible, del tráfico rodado, de mayor linealidad y una sección de calle necesariamente más continua. Maribáñez, de Daniel Carreras [13493, 1964], donde la calle peatonal presencia la sucesión de retranqueos, plazas y rincones, en un ejercicio que debe tanto a Sitte como a la *Radburn*. Fernández del Amo exploró la flexibilidad originada por la renuncia a una alineación regida por el tráfico rodado, tráfico que se quedaba en el perímetro del pueblo. El caso más emblemático de esta postura es Cañada de Agra, magnífica invención de trazado dentro de un espíritu paisajístico muy sobresaliente. Íntimamente ligado a la manzana Radburn, el desarrollo de las posibilidades organizativas de la supermanzana también fue un dispositivo crecientemente empleado por algunos arquitectos que trabajaron para el INC.



5. Torre de la Reina. Autor: José Tamés Alarcón. Fuente: Archivo Histórico del INC. Secretaría General Técnica. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino

La evolución desde el esquema de doble plaza prototípico de los años cuarenta durante este periodo fue notable. Tras la osadía inicial de Sota y otros técnicos, quedaba la puerta abierta a reinterpretar este espacio más allá de las coordenadas de plaza mayor con capacidad de generar el trazado circundante, en general a partir de vías que remataban su perspectiva en algún punto significativo de su arquitectura, como la torre de la iglesia o su fachada. En El Priorato [13279, 1964], de Fernández Alba, el espacio público conformaba un foro central que ocupaba, integrando espacios abiertos y edificaciones, una manzana perpendicular a las residenciales y con una longitud que recorre toda la anchura del pueblo, constituyéndose, sin hacer uso del pintoresquismo, en un verdadero corazón peatonal. Otra mutación que se dio a la plaza, en particular en los pueblos pequeños, fue la de convertirla en gran era de reunión común, no con función agrícola, sino representativa. En estos casos, la arquitectura dominante no era tanto la de las instituciones, sino la vivienda, con lo que incluso dentro de la dictadura –ya algo suavizada en los años 60 y acaso más permisiva con estas derivas ideológicas, o tal vez no consciente de ellas, como acaso tampoco lo fueran sus propios proyectistas– se podía escenificar un triunfo del ciudadano respecto del poder religioso o administrativo. Muestra de esta orientación son pueblos como Setefilla [14080, 1965], de Fernando de Terán, con un gran espacio público a modo de bosque interior, o La Vereda [12795, 1963], de Fernández del Amo, en que dos plazas sin calles, la residencial y la de equipamientos, constituyen el único trazado del pueblo.

Dentro de las influencias directas cabe también apuntar un caso excepcional: la adaptación del plano del *moshav* Nahalal, del arquitecto Richard Kauffman, a pueblo de colonización en Miraelrío [13261, 1964]. El gran espacio central elíptico del *moshav*, alrededor del cual se disponía la comunidad y en cuyo interior se situaban los equipamientos comunes, era un ejemplo conocido del INC y, sin duda, sirvió de base a la interpretación que del mismo hizo Fernández del Amo. En Miraelrío, el óvalo no llegaba a cerrarse y desde este arco abierto, los equipamientos quedaban engarzados al eje mayor de la elipse, generando una serie de patios y espacios secundarios que, sin embargo, en nada competían con el gran óvalo central, en todo punto reconocible. El trazado seguía fielmente la topografía del teso sobre el que se asentaba y que le daba sentido.

Buena parte de esta madurez se alcanzó, sin embargo, gracias de nuevo a una segunda hornada de técnicos de fuera de la casa que fueron contratados entre 1962 y 1965 para completar algunos de los planes de colonización aún en desarrollo. El informe de 1962 del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento hacía prever un claro descenso en el volumen de trabajo del Servicio de Arquitectura, pues no se puso en duda el regadío, sino el modelo territorial de asentamiento. Tal vez por eso se volvió a recurrir de manera puntual a técnicos como Fernández Alba o Fernando de Terán, figuras emergentes que pronto alcanzarían un merecido prestigio en el panorama arquitectónico y teórico español.

1965-1971 La mecanización y el canto del cisne

Sorprendentemente, este último periodo se abre con un nuevo examen de oposición que dota al Servicio de Arquitectura de un número no igualado de técnicos en toda la historia del INC: 18. Esto se explica por la exigencia de un importante conjunto de pueblos que requería proyectos de ampliación, saneamiento, tendido de nuevas instalaciones, reforma de las viviendas, plantaciones ornamentales o campos de deporte. Los mínimos dotacionales de los años 40 no eran ya los mismos a finales de los 60 y el Instituto debía ponerse al día. De hecho, esos últimos técnicos incorporados rara vez diseñaron “poblados de nueva planta” que, significativamente, volvían a ser llamados así. Pero los veteranos, e incluso profesionales de fuera, siguieron proyectándolos.



6. Vista de Vegaviana. Proyecto: José Luis Fernández del Amo. Foto: Kindel. Fuente: Revista *Arquitectura*, nº 192, diciembre 1974

Más allá del informe de 1962, lo que propició el fin del pueblo como forma válida de asentamiento, fueron los cambios generales de la sociedad española. El informe del Banco Internacional y Fomento basaba su argumentación en la baja rentabilidad productiva de los pueblos nuevos sin atender a un aspecto que ya en 1962 empezaba a encontrar otras vías de solución: el éxodo rural. En efecto, si en los años 40 las ciudades no podían asumir la inmigración procedente del campo –y la asumieron– en los sesenta la industrialización del país y la emigración a otros países permitió una transformación radical de la estructura productiva y de la distribución poblacional, con lo que el ya antiguo problema del campo dejó de ser un tema social para reducirse a sus aspectos más puramente económicos y productivos. Y si anteriormente se habían asociado los pueblos a una propaganda de coartada social, ahora ese imperativo desaparecía.

Un aspecto que tuvo una incidencia decisiva tanto en el modelo territorial como en la del propio trazado de los pueblos fue la mecanización. A una generación que llevaba la velocidad del animal de carga y que se había estructurado territorialmente a partir del módulo carro sucedió otra gobernada por el motor de explosión. Desde la motocicleta al tractor, los agricultores ya no se medían por esos 2,5 km de distancia máxima de la vivienda a la parcela. La primera consecuencia de esto fue un aumento del radio de influencia hasta 5 o más km y por fin hasta desaparecer como criterio. A continuación y de manera inmediata, esto supuso el aumento del tamaño de los pueblos.

El diseño de los pueblos tuvo que adaptarse a la mecanización y a las dimensiones que exigía. Se profundizó en la separación de los tráficos peatonal y rodado, ya no tanto como criterio higiénico sino de calidad espacial. Las vías de tractores se ensancharon progresivamente e incluso llegaron a romper la linealidad característica de las calles de tráfico en originales disposiciones de manzana como en Cerralba [13912, 1965] de Fernández del Amo o Doñana [14143, 1965] de Fernández Alba. Mientras tanto, las calles peatonales comprimían voluntariamente su espacio para generar recorridos y espacios a la escala humana, y los centros cívicos desplegaban una autonomía –y una madurez en los mecanismos de control– y llegaban en algunas ocasiones a situarse como atalaya autónoma del pueblo. Estos cambios coincidían además con un momento de revisión del movimiento moderno a través de los textos de Lynch o de la propia recuperación de Sitte llevada a cabo por Collins, aunque no dejara de ser una prolongación de la experiencia sitteana natural del INC, que había realizado su propio recorrido para integrar en ella la cultura urbanística moderna.

Esta evolución puede quedar resumida en el pueblo de José Tamés, Castellar de la Frontera [15447, 1967 y 17378, 1969]. La sustitución del módulo carro por otros criterios territoriales hizo de éste el único pueblo en la zona regable del Bajo Guadalete y uno de los mayores de toda la historia del Instituto. Si Torre de la Reina sirvió en los 50 de modelo de ortodoxia, Castellar representa la evolución que el conjunto de la obra colonizadora supuso: flexibilidad de trazado, ampliación de las posibilidades de la manzana, exploración del diseño de los espacios públicos. Las calles curvas sustituían a las quiebras puntuales; la vivienda definía formalmente la manzana a través de mecanismos de repetición que hacían uso del escorzo y el retranqueo sistemático, procedimiento casi opuesto al inicial. Pero, al mismo tiempo, la separación de tráfico seguía marcando la diferencia entre unas calles y otras a través del cuidado diseño peatonal.

Los pueblos de Solanillo [16087, 1968] y San Agustín de Dalías [16109, 1968] fueron los últimos proyectados por el INC. En el primero, Langle Granados realizaba un libre ejercicio de composición arquitectónica donde la arquitectura residencial, con clara influencia del tipo ibicenco –juego de volúmenes, cantos redondeados, cubiertas aterrazadas practicables– remite a su arquitectura turística contemporánea. En el segundo, Ayuso Tejerizo conjugaba también la depuración estilística casi obligada en Almería con la separación de tráfico y el nuevo tamaño impuesto por la motorización. El infrecuente uso del ladrillo, que posteriormente ha sido encalado, y su contraste con dinteles, jáceñas y cargaderos, o el empleo de la gárgola como elemento expresivo reforzaban una arquitectura de contenida expresividad. En ambos casos se daba también muestra de la distancia que separaba estos ejemplos de los primeros trazados de los años 40.

Conclusión

A través del presente capítulo hemos hecho un recorrido por las actuaciones del Servicio de Arquitectura para establecer así las distintas fases que jalonaron su historia. Estos nuevos periodos se han establecido atendiendo a las reformas principales de la política colonizadora, que sin duda tuvieron una influencia directa sobre la arquitectura del INC, pero también a las incidencias del Servicio y a las distintas corrientes de la arquitectura de la época, tan íntimamente ligadas a su vez al cambio de orientación del régimen de Franco. De esta manera, se ha trazado un esbozo general que sirva de marco de los distintos autores y pueblos. Este esbozo está abierto a futuras investigaciones que sea desde un ámbito regional, temporal o de autor, podrán matizar o corregirlo, pero los debates principales y las líneas maestras quedan aquí trazados. A través de ellos podemos encontrar hasta qué punto la política colonizadora y las tendencias arquitectónicas tuvieron eco en la construcción de estos pueblos. Pero, lo que es más importante, podemos entender en qué medida –y no fue poca– esos pueblos contribuyeron a esos debates, a la transformación del medio rural y a la consolidación de una difícil y deseada modernidad durante los años del franquismo.

Bibliografía

BLANCO, A. "La vivienda rural (la casa del labrador español)", *Arquitectura*, XV, 168, (abril), 1933, pp. 121-123.

CHUECA GOITIA, F. "La Alhambra y nosotros", *BDGA*, VI, 4º trimestre, 1952, pp. 10-13.

D'ORS, V. "La estética en el paisaje. Preservación y realce de las condiciones naturales de las comarcas", *Crónica de la III reunión de técnicos urbanistas*, 1948. Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1949, pp. 145-168.

FERNÁNDEZ DEL AMO, J.L. "Del hacer de unos pueblos de colonización". *Arquitectura*, 192, 1974, pp. 33-40.

FERNÁNDEZ DEL AMO, J.L. *Encuentro con la creación*, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, 1991.

GÓMEZ BENITO, C. *Políticos, burócratas y expertos. Un estudio de la política agraria y la sociología rural en España (1936-1959)*. Siglo XXI, Madrid, 1995.

INC. *Memoria 1969*. INC, Madrid, 1969.

LINDSCHEIDT, F. "Epílogo a la Exposición nueva Arquitectura Alemana", *Reconstrucción*, 26, 1942, pp. 337-342.

MONCLÚS, F.J. y OYÓN, J.L. *Historia y Evolución de la Colonización Agraria en España. Volumen I. Políticas y técnicas en la ordenación del espacio rural*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Ministerio para las Administraciones Públicas, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, Madrid, 1988.

RNA. "Vivienda agrupada pueblo de Gimenez", *RNA*, VIII, 83 (noviembre), 1948, pp. 439-443.

TAMÉS ALARCÓN, J. "Proceso urbanístico total de una comarca, derivado de la creación o transformación de sus fuentes de riqueza", *Crónica de la III reunión de técnicos urbanistas*, 1948. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1949, pp. 17-36.

VILLANUEVA PAREDES, A. y LEAL MALDONADO, J. *Historia y Evolución de la Colonización Agraria en España. Volumen III. La planificación del regadío y los pueblos de colonización*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Ministerio para las Administraciones Públicas, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, Madrid, 1990.

ARRÚE ASTIAZARÁN, A. "Renovación de la ordenación económica comarcal para elevar el nivel de vida en relación con los problemas de colonización agraria", *Crónica de la III reunión de técnicos urbanistas*, 1948. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1949, pp. 59-96.